



La madurez cristiana

Presentación del tema

por José Luis Suárez

En el momento en que escribo esta serie de artículos, tengo la sensación de estar llegando al final de una etapa llena de actividades y siento la necesidad de mirar hacia lo que he vivido como ser humano y como seguidor de Jesús.

En esta mirada hacia atrás, me doy cuenta de cómo a lo largo de este camino marcado por el activismo, no me he parado lo suficiente para elaborar —o poner por escrito— algunas de las convicciones más profundas de mi fe que han sido el motor de mi acción. Soy también consciente de que, quizás, no me he parado porque con los años estas convicciones han ido to-

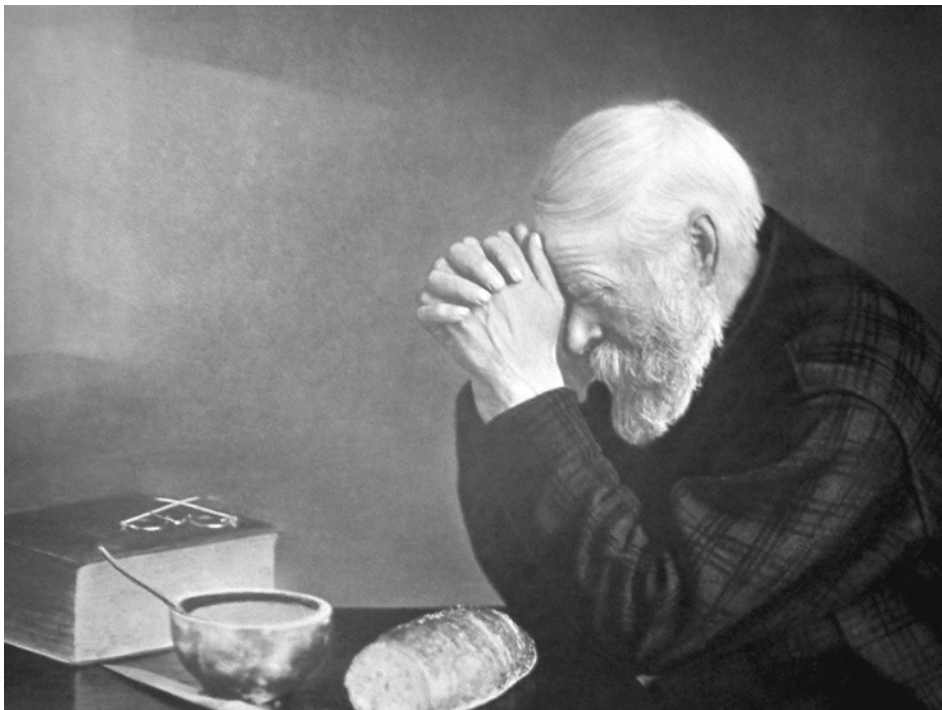
mando formas diferentes; tanto en mi relación con el Señor, como con el compromiso con los demás.

Ahora, miro hacia atrás y tomo conciencia de que he ido cambiando con los años. No solo en lo físico, sino también como persona. En mis vivencias con el Señor. En mi carácter. En mi manera de relacionarme con los demás —las personas que me caen bien y las que no. En mi manera de afrontar los buenos y los malos momentos de la vida. En mis equivocaciones. En mis momentos de mayor inspiración. Y por supuesto, en mi comprensión de la Biblia. Dicho en otras palabras: Mi cosmovisión de la

fe y del mundo ha cambiado, y mucho, desde el aquel día ya lejano que tomé la decisión más importante y trascendente de mi vida: la de seguir a Jesús y tomarlo como la primera referencia para vivir. En este camino, la comunión con el Señor, las muchas lecturas (además de la Biblia), las vivencias, los encuentros con personas de cerca y de lejos, han marcado mi vida de muchas maneras y me han sido de ayuda para aventurarme a vivir y ahora, a escribir sobre el tema de la madurez cristiana.

Considero que esta etapa, lejos de ser el final, es quizás uno de los momentos más fascinantes de mi vida. Es como intentar —recordando mis tiempos de la infancia— poner algunas de las muchas piezas de un puzzle juntas y obtener un hermoso dibujo. Es esto lo que deseo hacer al poner por escrito aquello que he venido aprendiendo, reflexionando y viviendo a lo largo de los años, con uno de los temas que más me han seducido como seguidor de Jesús: **La madurez cristiana**. Tema que podría llevar otros nombres como «seguir a Jesús», «el discipulado», «el crecimiento espiritual» o simplemente «el crecimiento».

Me pregunto si hay aventura más apasionante en la vida que el crecimiento. Ver crecer a un niño —no sólo en lo físico— es una de las realidades más hermosas que podemos contemplar en la vida. Su capacidad de aprender, su creatividad, su curiosidad de aventura nos sorprenden e incluso en muchos momentos, nos dan miedo por lo que le pueda ocurrir. Pero es en esa imaginación, creatividad, deseo de saber, de aventurarse en lo desconocido, que radica su crecimiento. Porque difícilmente un niño crecería sin esa



También en este número:

El diálogo interconfesional	3
Otra vez el terremoto	4
El eco de cánticos	7
Diccionario: Los fariseos	8

Considero que esta etapa, lejos de ser el final, es quizás uno de los momentos más fascinantes de mi vida.

capacidad innata de apertura hacia lo desconocido.

Por desgracia todos observamos cómo muchas personas cuando dejan de ser niños... toda la imaginación, creatividad y deseos de aprender desaparece. Se instalan en una actitud que describo como «el saberlo todo». Ya no hay espacios para las sorpresas, para lo nuevo. Parece como si el camino ya estuviera trazado, dejándose llevar por lo que la vida les depara. Ya no se espera mucho de la vida, aparte de poder tener el máximo de comodidades y posesiones. Porque incluso la vida deja de tener muchas veces ya un sentido.

Es una realidad que existe un paralelismo entre el crecimiento humano y el espiritual; me atrevo incluso a afirmar que no podemos separarlos, aunque es evidente que hay diferencias.

Un elemento común a ambas realidades, es que si no se crece, hay razón para preocuparse. Así como unos padres se preocuparían ¡y mucho! al ver a su hijo que no crece, de la misma manera ya el Apóstol Pablo expresaba en su carta a los Corintios (1 Co 3,1-3) su preocupación por la inmadurez de aquellos cristianos que habían experimentado el nuevo nacimiento en Cristo, pero se veía muy poco crecimiento en su vida diaria. Su crecimiento en Cristo era limitado. Sus razonamientos y vivencias eran infantiles cuando ya deberían ser personas maduras.

Porque quiero ser de nuevo ese niño abierto a la vida y a las sorpresas y porque estoy dispuesto a aventurarme de nuevo en ese camino tan difícil, tan delicado y para muchos llenos de peligro... escribo. Soy consciente que escribo en primer lugar desde mi propio camino. Pero al tiempo estoy seguro que mis pensamientos y mis vivencias en este tema, pueden hacer eco en la mayoría de las personas que lean estas reflexiones.

A través de esta serie de estudios estará muy presente mi propio viaje en este campo de la madurez cristiana, porque considero que para compartir de forma significativa y poderosa, lo universal debe estar entrelazado con lo personal. Cada vez me atrevo menos a hablar o escribir de aquello que no

forma parte de mis propias vivencias, incluso de mis creencias cuando ellas no se han hecho carne en mi vida. Considero que la cabeza no es un buen lugar para vivir, aunque no deje por ello de ser importante y en algún momento necesario. Uso en mi vida el intelecto, pero sé muy bien que entender no es lo mismo que saber, y que la comprensión intelectual no es lo mismo que la realización, como no es lo mismo la fe de la razón y la fe de la vida que vivimos el día a día.

Hablar de la madurez cristiana es hablar de un camino de aprendizaje. No de aprendizaje general sino particular, singular de cada persona. Es evidente que cuando a lo largo de la vida podemos tener cerca personas que nos acompañen en este camino (me siento muy agradecido por todos los modelos que he tenido a lo largo de la vida y que tanto me han enseñado), el aprendizaje se hace más fácil y llevadero. Pero es una realidad que cada persona cuando se aventura en el camino de la madurez cristiana, debe hacer su propio camino.

Considero que hay mapas para el camino y en esta serie de estudios indicaré algunos. Pero, sé muy bien que estos mapas no son el camino, como tampoco las cartas de dos enamorados son el amor. Lo que pretendo con esta serie de estudios —ya vemos si lo consigo— no es otra cosa que compartir mis vivencias, así como algunos mapas y hojas de ruta, para el viaje que considero más extraordinario de la vida de una persona. Me doy cuenta que este tema puede tratarse desde perspectivas muy diversas, por lo que antes de compartir lo que llamaré «Señales para el viaje de la madurez cristiana», considero necesario dejar algunos apuntes bíblicos sobre el tema que trataré en el próximo artículo: «La madurez cristiana en la Biblia».

A modo de conclusión en la presentación del tema sugiero a los lectores la lectura de la parábola del crecimiento de la semilla que encontramos en el evangelio de Marcos. 4,26-29, y una frase para reflexionar sobre el tema de la madurez cristiana. En esta parábola encontramos lo que yo llamo la hoja de ruta en la madurez cristiana. En la parábola encontramos cuatro pistas para el inicio del camino. El or-

den en que se enumeran estas indicaciones es fundamental.

1. El trabajo. El sembrador siembra. Crecer o madurar habla de tiempo, dedicación, esfuerzos... hasta de sufrimiento.

2. Confianza. El sembrador una vez hecho su trabajo, duerme tranquilo. Confía en los procesos de la naturaleza. Confiamos que el Señor nos acompañe en el camino del crecimiento.

3. Misterios. El sembrador no entiende el proceso del crecimiento. En el camino de la madurez cristiana, la mayoría de las veces las cosas no ocurren como habíamos previsto. Estar abiertos a los imprevistos hace parte del camino.

4. Llega la cosecha. El sembrador recoge el fruto del trabajo. Después del esfuerzo, la confianza en el Señor y que el crecimiento tiene sus misterios, llega la gracia de Dios. La gracia de Dios y el trabajo de la persona, son dos realidades inseparables en esta parábola. Así ocurre en el camino de la madurez cristiana.

A lo largo de mi peregrinaje en este tema de la madurez cristiana, he aprendido que independientemente de las situaciones tan diversas y etapas en las que nos encontremos, todos nos enfrentemos a la misma pregunta básica que dejo aquí para la reflexión personal:

¿Como puedo madurar en la fe y vivir al tiempo en un mundo completamente material? —y no se trata del mundo material, sino de mi mundo material, que tan incompatible parece con la espiritualidad cristiana.

Neufeld: «El temario de diálogo del CMI es relevante para los menonitas»

Estrasburgo, Francia, 15 diciembre 2009 — ¿Cómo y dónde debate la iglesia mundial temas como la naturaleza de la misión de la iglesia o las fuentes de autoridad o el discernimiento moral en las iglesias? Un foro con solera para sostener debates importantes como esos es la Comisión Plenaria de Fe y Constitución del Consejo Mundial de Iglesias. Este órgano de consulta —no tiene potestad de alcanzar decisiones oficiales— se reunió en Kolympari, Creta, los días 7-13 de octubre de 2009.

Los temas mencionados se abordan en dicha asamblea con el lema: «Llamados a ser una sola iglesia». Más de 150 participantes de muchos países y un amplio abanico de tradiciones eclesiales se reunieron para escuchar, debatir y dialogar.

El Congreso Mundial Menonita (CMM) recibió la invitación de participar. Alfred Neufeld, de Paraguay, que preside la Comisión de Fe y Vida del CMM, representó al CMM. Realizó el largo viaje al paraje hermoso en el mar Mediterráneo para oír qué es lo que pudiera resultar relevante para la comunidad menonita mundial.

—Me impresionó la seriedad del debate teológico y la búsqueda muy sincera de unidad y acuerdos sobre cuestiones teológicas. En el entorno menonita últimamente existe un cuestionamiento importante de la dogmática y los debates sobre credos. Pero los credos y la teología son el *software* que hace posible, en gran medida, el funcionamiento normal de las iglesias. Buscar unidad en el cuerpo de Cristo tiene también que ver, desde luego, con el objetivo de aprender a convivir y confesar conjuntamente —opinó Neufeld.

Sus comentarios hallan eco en las palabras de apertura del patriarca Bartolomé, que afirmó: «Puesto que la unidad es en última instancia un don de Dios, exige un profundo sentimiento de humildad y en ningún caso, la insistencia vanidosa». En su llamamiento a «buscar sin cesar» la unidad de la iglesia, señaló también que se

trata de «un viaje que en cada momento nos brindará descubrimientos nuevos».

Mariela de la Paz Cot, de la Iglesia Episcopal de Cuba, opinó que el diálogo intereclesial entre distintas tradiciones de la fe, podía acabar siendo un punto de choque entre enfoques diferentes, con cierto potencial de aumentar la polarización. Pero al final sostuvo que lo que esto brinda es «una oportunidad de desarrollar una unidad más honda».

Su argumentación suscita las preguntas perennes sobre la cuestión del diálogo intereclesial entre distintas tradiciones de la fe: ¿En qué punto se pasaría de solamente respetar las creencias del prójimo, a la denuncia profética de la idolatría? ¿Cuándo resulta que lo que está en juego es la propia fe en Cristo?

Neufeld comenta: «Estoy seguro de que los tres grandes temas para Fe y Constitución —el discernimiento moral en la iglesia, las fuentes de autoridad, y la naturaleza y misión de la iglesia— son tan relevantes para los menonitas como para cualquier otra denominación cristiana. El discernimiento sobre lo que atañe a la paz o a las diferencias de género, ha sido un tema explorado a fondo entre nosotros durante varias décadas. Hasta ahora, sin embargo, hemos pecado de excesiva humildad para abordar el tema de las fuentes de autoridad —ni qué hablar del empleo de la propia palabra «autoridad» entre nosotros.

—La unidad estructural y sacramental de la unidad no parecen ser temas candentes en este momento en el movimiento de Fe y Constitución —opina Neufeld. Los participantes tomaron nota de una tendencia a dar más lugar para una «eclesiología desde las bases», cuya fuente es la experiencia concreta de «ser iglesia en un contexto particular», antes que describir la iglesia a base de teorías, «desde arriba».

Neufeld sugiere que: «La diversidad reconciliada, el reonomiento humilde de las limitaciones de nues-



Kolympari, Creta

tras convicciones y tradiciones denominacionales, así como la valoración de los dones que históricamente han sido encomendados a las distintas denominaciones, parecerían indicar el camino a seguir para quitar miedo al diálogo. Cuanto más informados estén los participantes en el diálogo, cuanto más convencidos acerca de sus convicciones, tanto más libres se sentirán para hablar unos con otros y unos a otros».

Los menonitas pueden aprender, a la vez que contribuir, en asambleas como ésta de la Comisión Plenaria de Fe y Constitución, puesto que los temas abordados son claramente relevantes para nuestra labor siempre presente de ser fieles a nuestro llamamiento como la iglesia de Cristo en el mundo.

—por Steve Plenert. *Comunicado de prensa de CMM. El Congreso Mundial Menonita es una comunidad de iglesias relacionadas con el anabaptismo.*

[Si deseas más información sobre la Asamblea de la plenaria de Fe y Constitución del CMI celebrada en Creta, puedes hallarla en la web del CMI: <http://www.oikoumene.org/es>. Para mayor información sobre el Congreso Mundial Menonita: <http://www.mwc-cmm.org/es15>.]

Otra vez el Terremoto

por Dionisio Byler

En el número 32 de *El Mensajero* (febrero de 2005), incluíamos como artículo de portada las reflexiones de Juan Sánchez sobre «Dios y el Terremoto» —a raíz del *tsunami* que aquel invierno causó daños tan graves en Asia, con tantos miles de víctimas en la costa de Indonesia. Me he sentido tentado a volver a publicarlo ahora, con motivo del terremoto de Haití que tiene a medio mundo en vilo por la enormidad de un desastre que se saña con un país ya de por sí hundido en la miseria y la pobreza. No vuelve a aparecer aquí, pero sigue siendo posible leerlo donde apareció, en el archivo colgado en la red:

<http://www.menonitas.org/mensajeros/2005/mensajero0205.pdf>

Juan Sánchez entra ahí a analizar esa tendencia humana —tal vez especialmente la tendencia de personas religiosas— a culpabilizar a las víctimas de su sufrimiento: *Si ellos sufren [se entiende que a la vez que yo no sufro], tiene que ser por la extrema perversidad de sus pecados*. Sánchez acaba sosteniendo, con la Biblia en la mano, que hay dos verdades contradictorias pero que no se excluyen la una a la otra: Por una parte, es imposible explicarlo todo y tenemos que aceptar que hay males inexplicables; por otra parte, eso no debería servir de excusa para evitar la responsabilidad de actuar sabiamente hoy para mejorar nuestras propias vidas y las de los que nos rodean.

¿Un pacto con el diablo? No ha faltado algún pretendido (y aclamado) «pastor» y líder del cristianismo evangélico que anunciara que el terremoto en Haití es consecuencia directa del vudú y de un pacto con el diablo que hicieron los esclavos africanos cuando su lucha para liberarse de sus amos franceses a finales del siglo XVIII. Aquellos amos eran, naturalmente, cristianos; y por tanto la rebelión de los esclavos tenía que parecer a los amos lo mismo que un pacto con el diablo. Pero que en pleno siglo XXI un señor blanco de Estados Uni-



dos pueda repetir estas acusaciones desde la tribuna de la televisión evangélica, no puede menos que provocar honda tristeza y vergüenza en todos los evangélicos de bien.

Tal vez exista aquí una conexión con nuestro artículo de contraportada en el «Diccionario de términos bíblicos y teológicos», sobre los fariseos. Si en Galilea y Judea el cristianismo se definió como algo diferente que el fariseísmo, los evangélicos sensibles y morales tenemos que definirnos también como diferentes que el fariseísmo evangélico.

Pero no, no es de esto que quiero tratar ahora, sino del hecho de que en la historia de la humanidad, todo mal presente tiene una larga historia que lo antecede y alumbra. En Japón suele haber terremotos iguales o peores que éste de Haití; pero casi nunca hay muertos. Eso no se debe ni a la casualidad ni a la protección divina. Hay realidades sistémicas, realidades de fondo, que generan estos resultados tan escandalosamente diferentes. Y aquí quiero vincular dos países compañeros en la miseria paupérrima y compañeros también en la atención que reciben en nuestra prensa occidental cuando suceden hechos que repentinamente reclaman nuestra atención: Haití y Somalia.

Los «piratas» de Somalia. Empecemos —puesto que lleva más tiempo presente en la atención de los españoles— con la piratería en las costas de Somalia. Por lo que pudiéramos entender en España, parecería que todo iba de mil maravillas en Somalia hasta que un buen día les dio por atracar barcos españoles y exigir unos rescates millonarios. Pero la piratería no nace sola, como por inmaculada concepción. Para que en determinado punto de los mares aparezca el fenómeno de la piratería tienen que existir primero unas condiciones de vida que provoquen el que algunos se dediquen a ella.

En el caso de Somalia, es un país que se encuentra en una espiral de calidad de vida descendente desde hace décadas. Desde 1991 prácticamente ha dejado de existir como país viable con un gobierno reconocible como tal. El conflicto permanente entre señores de la guerra cuyo estilo de vida es la rapiña y violencia, ha hecho ingobernable una región que gozaba de muchos kilómetros de costa rica en vida marina.

Era casi imposible la subsistencia en el interior del país. Pero no sucedía lo mismo en la costa, donde existían desde hace siglos pequeñas poblaciones de pescadores con artes tra-

Cuando desapareció el gobierno efectivo en Mogadiscio, la capital, no se sabe cuál llegó primero a las costas de Somalia. Si los vertidos tóxicos procedentes de Europa o los grandes pesqueros industriales de todo el mundo.

dicionales, cuyo impacto sobre la vida marina hacía mucho que había hallado un equilibrio sostenible.

Sin embargo, cuando desapareció el gobierno efectivo en Mogadiscio, la capital, no se sabe cuál llegó primero a las costas de Somalia. Si los vertidos tóxicos procedentes de Europa o los grandes pesqueros industriales de todo el mundo.

Vertidos tóxicos y sobrepesca industrial. En el caso de los vertidos tóxicos, parece ser que la mafia italiana tenía contratos para recoger y deshacerse de los desperdicios de hospitales e industrias de varios países de Europa. En teoría estaba especificada la destrucción de todo este material con medios científicamente y legalmente aprobados; pero resultó mucho más cómodo y económico vaciar los contenedores frente a la costa de Somalia, confiando en una capacidad infinita del mar para absorber lo que el hombre ya no quiere. Al cabo de un tiempo las gentes de la costa empezaron a morir de enfermedades desconocidas. Hubo un revuelo de denuncias que pareció dar resultado, pero los problemas de las poblaciones costeras de Somalia no habían hecho más que empezar.

De mayor duración y a la larga peores resultados, ha sido la pesca no digamos que ilegal —si no hay un gobierno capaz de declarar que algo sea ilegal y castigar a quienes lo hacen, ¿se puede hablar de ilegalidad?— pero por lo menos al margen de la legalidad. La vida marina de cuya pesca con artes tradicionales subsistían las comunidades costeras somalíes resultó extremadamente apetecible para todas las naciones con larga tradición pesquera, en cuyas aguas propias ya quedaba muy poco que pescar. Se calcula que los pesqueros internacionales se llevan de las costas de Somalia unos 400 millones de euros en pescado al año. Sólo la Unión Europea se lleva cinco veces más en pescado, que el valor de toda la ayuda humanitaria que envían a Somalia. Las artes de pesca tradicionales somalíes ya no daban para vivir. Porque la pesca industrializada no dejaba nada allí donde pasaba.

El conflicto entre los pescadores tradicionales somalíes y los pesqueros industriales lleva bastantes años, entonces. Pero es en los últimos años que somos conscientes de él en Europa, desde que el conflicto ha escalado en «piratería» y en el cobro de rescate de barcos. Un rescate cuyo cobro los somalíes no entienden como piratería sino como una forma de recuperar algo de lo que les han robado.

El asunto es muy complicado y nadie ni en Europa ni en Somalia actúa necesariamente por pura maldad. Pescanova —por mencionar una empresa española— paga unas tasas anuales por el permiso de pescar en aguas somalíes. El problema es que a quien pagan esas tasas no es un gobierno estable y reconocido de Somalia sino a los intermediarios de seño-

La empresa española se siente satisfecha de estar «cumpliendo». Los señores de la guerra se cobran su tajada. Y los pescadores de artes tradicionales se toman la justicia en sus propias manos para tratar de recuperar algo, en unas condiciones cuando ya no pueden vivir de la pesca.

res de la guerra en el país, que se lucran descaradamente del expolio al que se ven sometidos sus conciudadanos. La empresa española se siente satisfecha de estar «cumpliendo». Los señores de la guerra se cobran su tajada. Y los pescadores de artes tradicionales se toman la justicia en sus propias manos para tratar de recuperar algo, en unas condiciones cuando ya no pueden vivir de la pesca.

¿Y Dios... dónde está? ¿Dónde está Dios en todo esto? Desde luego, Dios está de parte de la justicia. Pero la justicia de Dios es diferente que la de los hombres. Dios hace salir su sol sobre justos y pecadores y espera que nosotros, a quienes él creó a su propia imagen, aprendamos también esa misma generosidad que reparte en igual proporción a enemigos como a amigos. Desde luego, cuando en España nos solidarizamos con veinte familias de marineros gallegos y vascos pero nos olvidamos de miles de familias que pasan hambre en las costas de Somalia, está claro que carecemos de la misma generosidad de espíritu que es propia del Señor nuestro Creador.

Llegamos así al terremoto en Haití. Si hubiera pasado en Japón o Italia, estaríamos viendo imágenes de angustia, destrucción y tal vez algunas muertes... pero desde luego que nada comparable a la mortandad y el caos generalizado provocado por este terremoto. ¿Por qué?

Colón «descubre» La Española. Cuando Cristóbal Colón «descubrió» la isla de La Española, estaba habitada por gentes pacíficas que vivían desde



Rescate del Alakrana



El trato de «los indios» de La Española por los españoles, según una ilustración del libro *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias* (1542), escrito por Fray Bartolomé de las Casas.

hacia siglos en equilibrio estable con su ecosistema. Naturalmente eran «paganos» —no eran cristianos— y sin duda muchas de sus costumbres nos parecerían abominables. Con todo, venían padeciendo terremotos desde siempre, pero la huella ligera que dejaban en la tierra, hacía que los terremotos difícilmente iban a producir muertes—que no hablar de un caos generalizado entre decenas de miles de víctimas mortales y una incapacidad manifiesta de recuperarse sin que intervenga el ejército de USA. Pero Colón observó que los aborígenes de La Española tenían oro... y ahí empieza lo que desembocaría en este desastre.

La trágica historia de esa isla es hartamente conocida: La incapacidad de los indígenas para sobrevivir en las minas de oro españolas, por lo que hubo que empezar a importar una raza más robusta de esclavos desde África. El desinterés de los españoles cuando se agotó el oro, que dio lugar a que los franceses se hicieran con parte de la isla. La revolución de los esclavos contra sus amos franceses y el establecimiento del primer y único país del mundo cuya población descende de esclavos. En cualquier caso, la revuelta de esclavos con que se funda Haití no fue en absoluto pacífica y alcanzó hitos pavorosos de violencia y brutalidad (acaso exagerada en la ofendida imaginación europea y norteamericana).

Bueno, tal vez Haití no sea el único país cuya población descende de esclavos. Ahí tenemos en nuestras Biblias la historia de Israel hace miles

de años. Igual que con la historia bíblica de Israel, sin embargo, el país que consiguieron para sí los esclavos alzados de Haití no resultó en absoluto fácil ni próspero. La tiranía y maldad de cosecha propia pudo resultar —en ambos casos— tan perversa como la de los amos de otra raza. La corrupción acompañada del fomento activo de la superstición, donde se entiende que Dios está de parte de los tiranos que malgobiernan para provecho propio, fue algo que narra con crudo realismo el Antiguo Testamento y parece arrancado de las páginas de la historia de Haití. En ambos casos es sencillamente admirable la existencia del país a pesar de tenerlo todo en contra. Porque lo tenían todo en contra. Puede que Dios estuviera a favor de Israel y Judá —al menos es lo que alega la Biblia— pero a las grandes potencias mundiales la misma existencia de un país de esas características tenía que resultarles tan molesta como una picazón en un punto de la espalda imposible de rascar.

¿Un pacto con el Dios de Israel?
Cualquiera reflexión sobre los múltiples desastres que viene arrastrando

Pero tal vez Haití no sea el único país cuya población descende de esclavos. Ahí tenemos en nuestras Biblias la historia de Israel hace miles de años.

Haití desde antes de este último terremoto, entonces, debería tomar como punto de partida sus parecidos con la historia bíblica de Israel. Quizá —todo lo contrario que lo dicho por el predicador norteamericano que mencionábamos al principio— no sea con el diablo sino con el Dios de Israel que tiene el pueblo de Haití un pacto. (Ver «El eco de cánticos», p. 7.) Pero el pacto con el Dios de Israel es una carga dura de llevar y no hay nación que lo pueda soportar. Dios desde luego sufre con los que sufren, llora con los que lloran, acompaña íntimamente a los que se les va extinguiendo lentamente la vida bajo los escombros al calor de un sol tropical. No importa que hayan sido buenos o malos, que hayan sido justos o injustos. La justicia de Dios se reparte con la misma generosidad imparcial a sus enemigos (de Dios) que a sus amigos.

Pero los poderosos de este mundo, los «reyes de la tierra» que en el Apocalipsis luchan hasta lo último contra el Cordero, no se sienten en absoluto motivados a cambiar las estructuras de fondo con que opera la economía globalizada de nuestro planeta, para que lugares como Somalia y Haití sean algún día lugares de armonía y prosperidad. Mientras dure la atención mediática, la generosidad espontánea de gobernantes y donantes anónimos de todo el mundo llegará para paliar algunos daños y para calmar nuestras conciencias intranquilas. Pero en unos meses todos nos olvidaremos... y todo volverá a ser como siempre ha sido.

Venga a nosotros tu reino. La única esperanza que nos queda, es la que arranca de nuestros labios cada vez que repetimos el Padrenuestro: «Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra así como en el cielo». Porque el día que en la tierra se haga la voluntad de Dios, esos lugares como Somalia y Haití dejarán por fin de apestar a muerte y corrupción. ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús! ¡Y el día que vengas, que nos encuentres luchando codo a codo con los marginados y olvidados y los relegados a la miseria!

El eco de cánticos

por el equipo en Haití del Comité Central Menonita (MCC)

En las semanas posteriores al terremoto devastador de Haití, seguimos orando junto con los millones de haitianos, que el Señor les conceda fuerza, paciencia y perseverancia, que los llene de esperanza y ánimo. Damos gracias a Dios por su fidelidad en medio de un sufrimiento sobrecogedor. Y rogamos que en las semanas y meses futuros, esta idea de fe y esperanza permanezca en nuestros corazones y mentes.

Os invitamos a considerar el texto de 1 Corintios 12,12-31, donde nos dice que somos todos un mismo cuerpo aunque compuestos de muchos miembros. Recordamos también lo que pone en Isaías 63,4: «Nunca más te llamarán “Abandonada” y a tu tierra nunca más la llamarán “Desolada”; sino que te llamarán “Mi linda” y a tu tierra, “Mi novia”. Porque el Señor se enamorará de ti y se casará con tu tierra».

Queremos conservar estas ideas en la mente y en la oración, juntamente con las imágenes de horror y también de esperanza que hemos visto estos días. Elevamos al Señor la fe de nuestros hermanos y nuestras hermanas de Haití. Que Dios nos conceda vivir con una esperanza ferviente como dice Kurt Hildebrand, el representante de MCC en Haití, que como un eco del clamor a Dios de los haitianos desde sus calles destrozadas, «el mundo pueda mostrar la misma fidelidad, creyendo que por medio de su ayuda y sus recursos, Dios vaya a mostrar una salida de la presente pesadilla».

Hildebrand, que es miembro de una iglesia menonita en Seattle, USA, mandó el siguiente correo el 15 de enero:

«Inmediatamente después del terremoto, en todos los rincones de Puerto Príncipe se oyó la misma cosa: cánticos de alabanza. Por todas partes la gente irrumpió espontáneamente en alabanzas. No sé muy bien por qué. En algunos casos supongo que se trataría de gratitud de que la muerte y destrucción no hayan sido aun mayores que lo que fueron. En otros casos

hubo muchos que estaban convencidos de que había llegado el fin del mundo... y cantaban alabanzas ante la certeza del regreso inminente de Cristo.

«Toda esa noche, en la que prácticamente todos los que se encontraban en Puerto Príncipe durmieron a la intemperie, se podía oír cánticos como si se estuvieran celebrando miles de reuniones de culto a lo largo y ancho de la ciudad.

«A la postre se oyen cada vez menos cánticos. La realidad agobiante se hace cada vez más presente, con la certeza de que todos vamos a tener que cooperar para encontrar una manera de salir juntos de esta situación. Hay mucha buena voluntad, a la vez que algunos actos de egoísmo. Todo el mundo está traumatizado. Los corazones de todo el mundo laten furiosamente con cada temblor nuevo de la tierra... incluso con temblores sólo imaginados. Se empiezan a crear campamentos improvisados y cada noche son menos los que duermen a la intemperie, aunque nadie se siente del todo seguro bajo techo. Han desaparecido o sufrido daños irreparables la práctica totalidad de los edificios históricos.

«Los haitianos siempre han manifestado una fe impresionante. Incluso el sufrimiento presente parece incapaz de destruirles la fe de que Dios es bueno y sabio. La respuesta que esto exige, el esfuerzo que tendrá que hacer todo el mundo, es inimaginable. Tan sólo espero que el mundo pueda mostrar la misma fidelidad, creyendo que por medio de su ayuda y sus recursos, Dios vaya a mostrar una salida de la presente pesadilla».

Daryl Bontrager, miembro de una iglesia menonita en Pennsylvania y director de MCC para América Latina y el Caribe, escribe el 21 de enero desde Puerto Príncipe, donde llegó poco después del terremoto. Sus palabras indican la orientación de MCC en Haití desde 1958 y el marco de su actuación en el futuro:

«Una de las cosas que estamos tratando de enfatizar es que la ayuda motivada por un desastre se tiene que realizar de tal manera que se respete la dignidad de los sobrevivientes. Este será un reto importante. Incluso en mejores épocas, llegaban a Haití ríos de ayuda humanitaria, fomentando una mentalidad hondamente instalada en los haitianos, de que para que algo sea bueno tiene que venir desde fuera de la isla. Es comprensible la baja autoestima de un pueblo que siempre, permanentemente, recibe ayudas desde fuera.

«Una campaña apoyada por MCC en los últimos años y que resultó muy popular, fue una serie de cortos publicitarios que instaban a los haitianos a comprar sus propios alimentos — alimentos cultivados en Haití— en lugar de la opción de alimentos importados desde otros países a precios tirados.

«Ahora nos enfrentamos a un desastre inimaginable. Lo que muchos nos preguntan es: “¿Cómo podemos hacer llegar alimento y demás provisiones a esta gente con una necesidad tan desesperante... pero de tal suerte que además se estimule su autoestima?” No lo sé y ojalá lo supiera. Tal vez lo importante es que esa pregunta sea algo que tengamos siempre ante nuestros ojos, escrita con letras muy grandes.

«Poco a poco, demasiado lentamente para todos, estamos reorganizando MCC para desarrollar lo que será para nosotros una respuesta enorme ante el desastre. Los cooperantes de MCC aquí son un equipo admirable, con dedicación ejemplar, algunos muy asustados, siempre llenos de un gran respeto de los haitianos, siempre dispuestos a arrimar el hombro para ayudar de todas las formas posibles. Es esencial que también por ellos se eleven oraciones al cielo».

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

fariseo, -a (adj. y sust.) — Partidario de una de las corrientes de la religión israelita en las provincias de Judea y Galilea en los tiempos de Jesús y los apóstoles. Su forma de interpretar la fe y vida israelita parece haber nacido en Persia y su rasgo más característico fue que aunque no pertenecían al linaje de los sacerdotes, sin embargo pretendían vivir y enseñaban a vivir conforme a las estipulaciones bíblicas para el sacerdocio. Esta era su manera de expresar una devoción radical por el Señor de Israel. Ellos se definían como lo contrario que los saduceos (la rama del sacerdocio que estaba instalada en el poder en el Templo de Jerusalén). En cambio, algunas de las comunidades cristianas primitivas se definieron como lo contrario que los fariseos. Aunque su manera de entender la fe de Israel era minoritaria en la época del Nuevo Testamento, el judaísmo rabínico —que apareció uno o dos siglos después del cristianismo— atribuye sus orígenes a los fariseos.

En la época del Nuevo Testamento no existía una única forma de la religión judía.

Lo que había era, por una parte, el Templo de Jerusalén con su ritual y su sacerdocio, que se entendía ser el único lugar autorizado para ofrecer sacrificios al Dios de Israel. Los saduceos decían descender de Zadoc, instalado como sumo sacerdote por el rey David cuando inició el culto al Señor de Israel en Jerusalén.

Por otra parte, había comunidades de israelitas esparcidas por todo el mundo, desde Mauritania e Hispania en el occidente hasta más allá de Persia en el oriente. Estas comunidades tenían su estructura y sus autoridades locales. Mantenían vínculos afectivos con Jerusalén, entendiéndose además que los sacrificios ofrecidos allí valían para todo Israel, dondequiera que los israelitas se hallaran dispersos. En la Dispersión, en los siglos inmediatamente antes de Cristo, se estableció la costumbre de centrar la vida religiosa en el estudio de los libros sagrados (nuestro Antiguo Testamento).

La existencia de las sinagogas en todo el mundo era algo paralelo y al margen del ritual templario. Aunque el sacerdocio de Jerusalén gozaba de ciertos privilegios civiles en la provincia de Judea, no existía ninguna conexión legal o jerárquica entre el Templo y las sinagogas. Cada sinagoga era independiente, como lo era cada comunidad local de israelitas. Por consiguiente no podía existir una única forma de entender «la religión judía», impuesta por una única autoridad reconocida. Es una situación que sigue siendo propia del judaísmo hasta el día de hoy, así como de muchas iglesias evangélicas. Los fariseos, sin embargo, imponían una disciplina férrea en sus comunidades, procurando evitar cualquier asomo de la corrupción impía que criticaban en el sacerdocio saduceo. De ahí que en la época del Nuevo Testamento, los judíos en general vieran a los fariseos como un movimiento sectario.

La palabra «fariseo» se dice derivada del verbo arameo *parush*, «separar, explicar punto por punto». Pero puede que los *fariseos* fueran conocidos así sencillamente por ser *persas*. Obsérvese el gran parecido entre las palabras *fariseo* y *farsi* (el idioma de Irán, antes Persia). Los *fariseos* habrían llegado de Persia, entonces —no se sabe cuándo— como tantos otros que regresaban a Jerusalén tras generaciones o siglos de ausencia. Su forma de vivir la fe de Israel estaba centrada, como era habitual en la Dispersión, en el estudio de los libros sagrados. Y acabarían destacando como una secta puritana, extremadamente crítica con la corrupción y disolución en que opinaban que estaba sumido el sacerdocio de Jerusalén.

Parecería ser que el cristianismo (al menos en Galilea y Judea) nació en el seno del fariseísmo y destinó a los fariseos sus peores críticas a la vez que padecían las críticas de ellos. Los *mesianicos* (es decir, «cristianos») alegaban que el Mesías ya había venido: Jesús de Nazaret. Decían que ya no hacía falta guiarse por una interpretación exacta de lo que venía en

los libros sagrados de Israel, puesto que les guiaba el Espíritu derramado por Cristo desde el Cielo, donde ahora reinaba junto a Dios. A los fariseos esto les pareció pura blasfemia puesto que parecía admitir la existencia de más que un solo Dios. Y les tuvo que parecer peligrosa la libertad que alejaban los cristianos para interpretar las Escrituras «por el Espíritu» —con lo cual, pensarían los fariseos, sólo se podía acabar en las mismas corrupciones y disolución que ya venían denunciando en el sacerdocio saduceo.

Destruída Jerusalén y su Templo en el año 70 d.C., pareció justificarse la severidad de la opinión de los fariseos contra los saduceos. En los siglos siguientes y especialmente frente al auge del *mesianismo* cristiano, el fariseísmo evolucionaría hacia el judaísmo rabínico, la forma de la religión judía que perviviría. La cumbre de la literatura rabínica serían los *Talmuds*—de Jerusalén y de Babilonia—, que traen los debates e historias de los rabinos.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMYHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMYHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de la AMYHCE.

www.menonitas.org